

El mar estriado por la luna relucía a través de los olivos. En el pozo las ranitas de San Antón croaban entre sí emocionadas. Dos lechuzas disputaban en el árbol de debajo de la terraza. Las salamanquesas reptaban por las retorcidas ramas del emparrado que nos cubría, atentas a las oleadas de insectos que la luz de la lámpara atraía como una marea.

## El mundo en un muro

El muro ruinoso que rodeaba el jardín hundido contiguó a la casa era para mí un rico coto de caza. Era una tapia antigua de ladrillos en otro tiempo enlucida, pero ahora aquella epidermis aparecía verde de musgo, levantada y combada por la humedad de muchos inviernos. La superficie entera era un mapa intrincado de grietas, unas de varios centímetros de anchura, otras del grosor de un cabello. Aquí y allá se habían desprendido fragmentos grandes de yeso, dejando al descubierto el costillar de rosados ladrillos. Visto de cerca, el muro constituía todo un paisaje: los tejadillos de cientos de hongos diminutos, rojos, amarillos y marrones, se arracimaban como pueblecitos en las partes más húmedas; las montañas de musgo verde botella crecían en bandas tan simétricas que diríanse haber sido plantadas y recortadas; de los puntos más sombreados de las grietas brotaban bosques de pequeños helechos, inclinándose lánguidos como arroyos de verdor. La zona alta del muro era tierra desértica, tan resaca que sólo nutría unos cuantos musgos rojizos, tan caliente que sólo servía de solana para las libélulas. Al pie crecía un amasijo de plantas: crocos, ciclámenes, asfódelos, que asomaban sus hojas por entre los montones de tejas rotas y melladas. Protegía toda esta par-

te un laberinto de zarzamoras moteadas, en estación, de fruta gruesa y jugosa, negra como el ébano.

Los habitantes de este muro formaban un conjunto variopinto, dividido en trabajadores diurnos y nocturnos, cazadores y cazados. De noche los cazadores eran los sapos que vivían entre las zarzas, y las salamangas pálidas y translúcidas de ojos saltones que habitaban en las rendijas de más arriba. Su presa era la población de típulas tontas, despistadas, que circulaban zumbando entre el follaje; las mariposas nocturnas de infinitas formas y tamaños, mariposas a rayas, a cuadros, jaspeadas, listadas, atigradas, que revoloteaban en blandas nubes junto al yeso marchito; y los escarabajos rechonchos, impecables como hombres de negocios, que corrían con obesa eficiencia a sus tareas nocturnas. Cuando ya la última luciérnaga había cruzado las colinas de musgo para meter en cama su linterna esmeralda, y salía el sol, el muro era invadido por el siguiente grupo de habitantes. Aquí era más difícil distinguir al cazador de su presa, pues cada uno parecía alimentarse indiscriminadamente de todos los demás. Así, las avispas depredadoras buscaban orugas y arañas; las arañas cazaban moscas; las grandes, quebradizas y rosadas libélulas se nutrían de arañas y de moscas; y las veloces lagartijas, esbeltas y multicolores, se alimentaban de todo en general.

Pero los miembros más pudorosos y esquivos de aquella comunidad eran también los más peligrosos; difícilmente se los veía, y sin embargo debía haber varios centenares alojados en las grietas de la tapia. Bastaba con introducir cuidadosamente la hoja de una navaja bajo un fragmento del yeso suelto y desprenderlo del ladrillo con suavidad, y allí debajo, agazapado, apare-

cía un pequeño escorpión negro de un par de centímetros de largo, lustroso como el chocolate. Eran seres de figura estrambótica, con sus cuerpos ovales y aplastados, bulbosos y articulados como una armadura, y una sarta de cuentas pardas a manera de cola, rematada por el agujón en forma de espina de rosal. Allí se dejaba examinar inmóvil, únicamente levantando la cola en ademán casi avergonzado de amenaza si notaba el aliento demasiado próximo. Si se le mantenía mucho rato al sol se limitaba a dar media vuelta para ir a deslizarse con lentitud bajo otro trozo de yeso.

Les tomé un gran cariño a aquellos escorpiones. Descubrí que eran animales simpáticos, sencillos, de costumbres en general encantadoras. Con tal que uno no cometiera alguna tontería o torpeza (como ponerles la mano encima), los escorpiones le trataban con respeto, guiados de un único deseo: huir a esconderse cuanto antes. Yo debía ser para ellos una auténtica cruz, porque me pasaba la vida arrancando trozos de yeso para observarlos, o capturándolos y obligándoles a caminar dentro de tarros de mermelada para ver cómo movían las patas. Gracias a mis súbitos e imprevisibles ataques al muro aprendí no poco sobre los escorpiones. Averigüé que comían moscones (aunque cómo los atrapasen era un misterio que no fui capaz de desvelar), saltamontes, mariposas nocturnas y típulas. Varias veces los hallé devorándose entre sí, hábito que me disgustaba sobremanera en unas criaturas por lo demás intachables.

Una noche, agachado al pie del muro con una linterna, logré entrever algunas de sus maravillosas danzas de cortejo. Los vi de pie, con las garras entrelazadas, los cuerpos erguidos en el aire, las colas trenzadas

amorosamente; les vi describir lentos círculos de vals por entre los almohadones de musgo, cogidos de las garras. Pero mi contemplación del espectáculo era siempre muy breve, porque apenas encendía la linterna los amantes se paraban, quedaban quietos un momento, y luego, en vista de que no apagaba la luz, me volvían la espalda y se alejaban con paso decidido, garras con garra, costado con costado. Estaba claro que estos animales preferían reservar para sí su intimidad. Manteniendo en cautividad una colonia probablemente habría podido presenciar todo el galanteo, pero la familia me tenía prohibido meter escorpiones en casa, a pesar de mis argumentos a favor.

Hasta que un día encontré sobre el muro una obesa hembra de escorpión, vestida con lo que a primera vista parecía un abrigo de piel color crema. Examinada con atención, la extraña vestimenta resultó estar formada por una masa de bebés diminutos agarrados al dorso de su madre. Embelesado ante aquella familia, decidí llevarla a casa de tapadillo para conservarlos en mi cuarto y verlos crecer. Con infinito esmero pasé madre y prole al interior de una caja de fósforos y corrí a la villa. Fue una desdichada coincidencia que en el momento de traspasar yo el umbral se sirviera el almuerzo; por lo cual coloqué con cuidado la caja sobre la repisa del cuarto de estar, para que los escorpiones tuvieran aire en abundancia, y luego me reuní en el comedor con los demás. Jugueteando con la comida, alimentando a Roger subrepticamente por debajo de la mesa y escuchando las discusiones familiares me olvidé por completo de la emocionante captura del día. Por fin Larry, acabado el almuerzo, fue al cuarto de estar por tabaco, y reclinándose de nuevo en su silla se

llevó un cigarrillo a los labios y echó mano a la caja de fósforos que había traído consigo. Inconsciente de la catástrofe que se cernía sobre mí, yo le observaba con interés mientras, charlando aún por los codos, abrió la caja.

Hasta el día de hoy sigo en mis trece de que la hembra de escorpión no llevaba malas intenciones. Lo que pasa es que estaba agitada y un poco molesta por el largo encierro, y aprovechó la primera oportunidad para escapar. En una fracción de segundo se irguió sobre la caja, con los bebés aferrándose desesperadamente, y trepó al dorso de la mano de Larry. Allí, no muy segura de qué partido tomar, se detuvo, con el aguijón curvado en estado de alerta. Larry, sintiendo el roce de sus garras, bajó la vista a ver qué era, y a partir de ese instante los acontecimientos se sucedieron de manera cada vez más confusa.

Larry exhaló un rugido de pavor que hizo que Lugeretzia dejara caer un plato y que Roger saliera como un rayo de debajo de la mesa, ladrando ferozmente. De un manotazo envió al desdichado animal de cabeza a la mesa, donde aterrizó entre Margo y Leslie, esparciendo bebés cual confeti al estrellarse contra el mantel. Ciega de ira ante semejante trato, la criatura se lanzó hacia Leslie, con el aguijón temblando de furia. Leslie se puso en pie de un salto, volcó la silla y empujó a descargar servilletazos a diestro y siniestro, uno de los cuales mandó al escorpión rodando por el mantel en dirección a Margo, quien prestamente dio un alarido que cualquier locomotora se habría sentido orgulloso de producir. Mamá, completamente aturdida por tan repentino e instantáneo paso de la paz al caos, se puso las gafas y oteó buscando la causa del bochinche, y en

ese momento Margo, en un esfuerzo vano por detener el avance del escorpión, le arrojó un vaso de agua. La ducha erró su objetivo totalmente, pero empapó con éxito a Mamá, que siendo incapaz de aguantar el agua fría se quedó al punto sin respiración, boqueando inmóvil al otro extremo de la mesa, sin poder protestar siquiera. Para entonces el escorpión había caído al suelo bajo el plato de Leslie, en tanto que sus bebés pululaban desatados por la mesa. Roger, alucinado por el pánico pero resuelto a cumplir con su deber, corría dando vueltas y vueltas a la habitación, ladrando histérico.

—Otra vez ese maldito niño... —vociferó Larry.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Que vienen! —chillaba Margo.

—Lo único que necesitamos es un libro —rugía Leslie—; no perdáis la calma, pegadles con un libro.

—¿Qué demonios *os pasa* a todos? —seguía implorando Mamá, secándose las gafas.

—Es ese maldito niño... un día nos va a matar... ¡Fija-te cómo está por debajo de la mesa... hasta la rodilla de escorpiones...

—Deprisa... deprisa... haz algo... ¡Cuidado, cuidado!

—Deja de aullar y trae un libro, por lo que más quieras... Eres peor que el perro... ¡Cállate, Roger!

—Por un milagro de Dios no me ha mordido...

—Cuidado... ahí hay otro... de prisa, de prisa...

—Oh, cállate y tráeme un libro o algo...

—Pero *¿cómo* llegaron ahí esos escorpiones, hijo?

—Ese maldito niño... No hay en toda la casa una caja de fósforos que no sea una trampa mortal...

—Ay, que se me tira... de prisa, haz algo...

—Dale con el cuchillo... *el cuchillo*... Venga, dale...

Como nadie se había molestado en explicarle el asunto, Roger sacó la errónea impresión de que la fa-

milia estaba siendo atacada, y de que era su deber defenderla. Dado que el único extraño allí presente era Lugaretzia, lógicamente era ella la responsable, y en consecuencia le mordió en un tobillo. Lo cual no arre-gló mucho las cosas.

Cuando por fin se pudo restablecer un poco el orden, todos los escorpiones se habían refugiado ya bajo diversos platos y cubiertos. Tras ardientes apologías por mi parte, secundadas por Mamá, se desestimó la sugerencia de Larry de asesinar a todo el rebaño. Mientras la familia, todavía trémula de ira y espanto, se retiraba al cuarto de estar, yo estuve media hora recolectando los bebés con ayuda de una cucharilla y reintegrándolos al lomo de su madre. Luego los saqué al jardín en un plato y los deposité en el muro con gran pesar. Roger y yo nos fuimos a pasar la tarde al monte, pues me pareció más prudente dejar que la familia durmiese la siesta antes de volver a verme.

Este incidente fue pródigo en consecuencias. Larry desarrolló una fobia a las cajas de fósforos y sólo se atrevía a abrirlas con extremas precauciones, envuelta la mano en un pañuelo. Lugaretzia siguió cojeando por la casa, con el tobillo enfundado en metros y metros de vendaje, semanas después de cerrada la mordedura, y todas las mañanas venía con el té a enseñarnos el estado de la costra. Pero desde mi punto de vista la peor repercusión de todo el asunto fue que Mamá dictaminó que yo estaba cayendo de nuevo en el salvajismo, y que ya era hora de que recibiera un poco más de educación. Mientras se resolvía el problema de encontrar un preceptor de jornada completa, se empeñó en mantener mi francés, por lo menos, en buen estado. Tomáronse las medidas oportunas, y todas las ma-